



LEON FELIPE

Versos del merolico
o
del sacamuelas

[POEMAS INEDITOS Y NUEVAS VERSIONES]

El "nacimiento"

A Carlos Pellicer, poeta grande que sabe componer un "nacimiento".

- ¿ Y si la Historia, señor Profesor, y si la Historia no la hiciese el reloj ?
Ni el de la cocina ni el del Parlamento ?
- ¿ Si la Historia no la hiciese el Tiempo...
el molinillo de la Tierra
que gira y gira repitiendo y repitiendo
Caudillos y tiranos
rebaños trashumantes...
pueblos... pueblos... pueblos... ?
- ¿ Y si no hubiese mas que un solo pueblo ?
y la Historia estuviese ahí quieta, parada
como un retablo,
como una estampa,
como un "nacimiento"
y todo no fuesen
mas que símbolos y muñecos ?
Este es el Rey,
esta la estrella



Los dos sacamuelas

Donde se advierte que Aarón y Moisés eran una sola y única persona.

Ya sé que a veces meto en el poema
elementos disonantes, cínicos y groseros,
que me hago el payasito,
que me pinto de rojo la nariz y de albayalde las mejillas
y que me pongo en la cabeza de mil modos
el gorro policromo y grotesco.
Pero yo sé muy bien por qué lo hago.
Soy un juglarón viejo
que sabe hacer juegos malabares
y encantar a la serpiente como Aarón.
Yo soy Aarón
el que junta en la plaza con sus trucos
a la gente dispersa del "Pueblo".
Luego, cuando están todos juntos,
Moisés, mi hermano, sube al tabladillo
que levantamos junto al Sinaí...
y saca el famoso Elixir de los "Diez Mandamientos".

Un poco de biografía

Llegué a México montado en la cola de la Revolución.
Corría el año 23.
Y aquí clavé mi choza.
Aquí he vivido muchos años:
aquí he gritado, he sufrido, he protestado, he blasfemado
y me he llenado de asombro.
He presenciado monstruosidades y milagros.
Aquí estaba cuando mataron a Trotsky
y cuando asesinaron a Villa
y cuando fusilaron, ahí, en la carretera de Cuernavaca
a 40 generales juntos.
Y aquí he visto a un indio
a todo México
arrodillado y llorando ante una flor.
¡Oh México enigmático de la pólvora y la rosa!
¡Qué pueblo es éste!
Qué pueblo es éste que tiene la mano izquierda llena todavía de
barro primitivo de la charca y la mano derecha ungida ya por
la gracia y la luz divinas de la misericordia y la generosidad.
¿Quién en el mundo sabe regalar una moneda de oro con más
[elegancia y señorío que un mejicano?
¿Y quién ha inventado la "Mordida"?
Oh, este mejicano que sería capaz de robar el sol para dárselo
[a ese mendigo que se muere de frío.
¿Qué pueblo es éste que lo pide todo, lo arrebató todo... para
[darlo todo?
¿Qué pueblo es éste que vive, que juega graciosamente con la
["mordida" y la limosna
y donde Dios mismo no sabe qué decir ni qué decidir?

¡Oh madre tierra y madre mía!

No he venido aquí a arrojar mi discurso contra nadie ni a
disparar vítores y cohetes debajo del balcón del Presidente.
He venido a dar libertad a mis palabras.
Creo que en realidad he venido a hacer algunos ejercicios de
[garganta...

Creo que por ahora no he venido más que a gritar,
a derramarme como el agua y como el llanto.
Y no sé a quién fecundo
ni a quién anego
ni a quién quito la sed.
Estamos en la época del grito y de las lágrimas y aún no hemos
llegado a la canción.
No importa que los poetas vanidosos digan lo contrario.
El sabio, que es más digno de crédito y tiene todos los documentos
y la cédula del bautismo de Adán en su gran fichero de bronce,
asegura que el hombre está en los primeros días de su infancia
y que aún no le han salido los dientes.
¡Ni los dientes... ni los sueños!
Tengo 83 años y no he averiguado todavía
si la vida es un acertijo o una trampa.
83 años... y en la puerta de la Eternidad
los recurrentes ceros...
¡83 000 años bajo la girándula del Tiempo!
83 000 años he cumplido esta mañana.
¡Oh, madre mía! ¡Oh, madre Tierra y madre mía, que cuidas
del ternero recental! Aquí estoy, mírame: soy un ternero recental
Lloro... Óyeme llorar.
Grito... Óyeme gritar.
Lloro y grito... para que me salgan los sueños.

La flauta

—¿Y si yo fuese tan sólo una flauta?
—¿Una flauta tan sólo, León Felipe?
—Una flauta tocada por Dios —Dios el gran Encantador—
para hacer bailar a la serpiente
¡Oh, todo el veneno verde y oscuro que se arrastra sobre la tierra
levantándose de pronto
retorciéndose,
bailando en el aire,
buscando la Luz,
ante la música encantada de mi flauta!

Acertijo

¿Y si yo fuese tan sólo un acertijo
y alguien dijera en una fiesta:
A ver qué cosa es
"un gusanito ciego
que camina en la sombra,
va de noche en noche...
y no sabe quién es"?



Misterio

Aquí estoy solo... Siempre solo.
Siempre entre el relámpago y el trueno...
en este irascible fogonazo, que es la vida,
lleno de angustia y de pavor.
Esto es lo que sé...
esto es lo que puedo decir.
¿Qué otra cosa puedo preguntar?
¿Cómo se llama Dios?
¿Cómo me llamo yo?...
Dios se llama "Misterio".
Yo me llamo "Misterio"...
No hay más que sombras, sombras, sombras...
Y este irascible fogonazo, que es la vida
lleno de angustia y de pavor...
que también se llama "Misterio".

La mampara

He visto nacer y morir...
He asistido a un enterramiento y a un parto...
y me ha parecido siempre que el que nace,
el que llega, llega como forzado,
que alguien lo empuja por detrás y lo
lanza hasta aquí
que por eso aparece llorando...
el portero, el partero, el comadrón
le coge en el aire como un futbolista la pelota...
En cambio
¿no es verdad que la muerte es una dulce
puerta, una mampara que nos abre en la
tierra con cuidado
una mano cumplida y cortesana, una mano
que nos indica reverente: por aquí, por aquí
pase usted por aquí... en su despacho
está el señor Presidente
esperándolo.

El monito

Vi parir a una mujer
y vi parir a una gata...
y parió mejor la gata;
vi morir a un asno
y vi morir a un capitán...
y el asno murió mejor que el capitán.
Y ese niño, ¿por qué ha llorado toda la noche ese niño?
No es un niño, es un mono —me dijeron.
Y todos se rieron de mí.
Yo fui a comprobarlo.
y era un mono pequeño en efecto,
pero lloraba igual que un niño,
más desgarrada y más dolorosamente que todos los niños
que yo había oído llorar en el mundo.
El Sargento me explicó:
—Anoche en el bosque matamos al padre y a la madre,
y nos trajimos al monito.
¡¡Cómo lloraba el monito!!

La ciudad

—Pues no... no es muy grande esta ciudad...
ni muy original tampoco.
—Mire usted: Al norte limita con el Hospicio,
Al Oeste con la fortaleza del Convento,
Al Sur con el Manicomio
Y al Este con el Cementerio.
—Pues no... no es muy grande esta ciudad,
ni muy original tampoco.
Tiene exactamente
los mismos límites que mi pueblo.

I. El prestidigitador

Un día tomó Dios
el sucio barro de la charca,
un puñado de arcilla...
lo amasó bien entre sus manos...
y sopló...
sopló sobre las narices de la arcilla,
sopló como un ilusionista que ejecuta un juego de manos...
y de aquella arcilla salió...
Ahí esta, ¡miradle!... el Hombre...
—¡Oh!... éste sí es un bonito juego
de prestidigitación.

II. Otro posible juego de prestidigitación

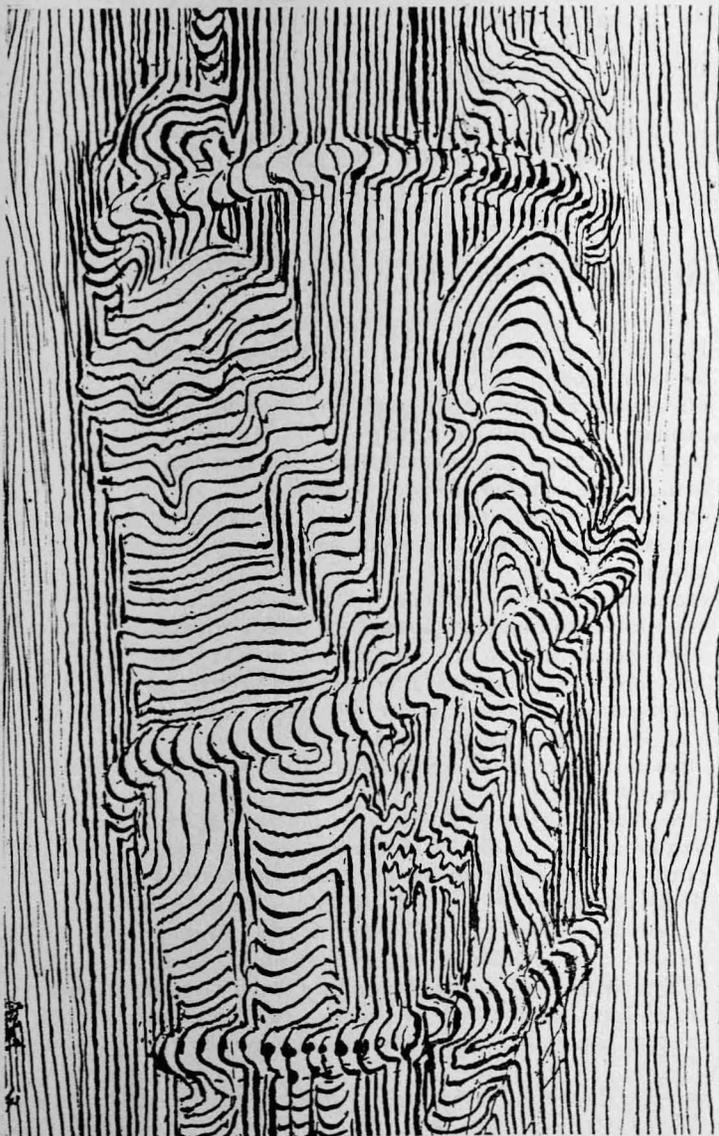
¿Y si a Dios, el Divino Prestidigitador,
se le ocurriese un día
hacer un juego de manos
más sorprendente aún
que aquel que hizo el día primero de la Creación?
¿Si a Dios se le ocurriese ahora
tomar en vez de la arcilla de la charca
la carne macerada del hombre
con las lágrimas de todos estos siglos,
la amasase entre sus manos
mezclándola con su sudor
y su divino llanto... y soplase otra vez...
y de aquel soplo
y de aquella papilla macerada con lágrimas
saliese no un hombre... sino un Dios,
otro Dios... el hermano de Jesucristo?
¡Tiene Jesús tantos hermanos en la tierra...
y Tú tantos hijos!
(¡Oh, esta imaginación!)
Déjame imaginar, Divino Prestidigitador,
que a Ti, si Tú quieres, no te sería difícil este juego.
¿Por qué no pruebas?
¡A ver si Te sale!

¡Oh, el hombre, éste asesino de los sueños!

—¿Dónde esta la canción?
—Muerta. ¿No sabéis que está muerta?
Los maestros de canto se han ido a clavar
ataúdes y a enterrar a los muertos.



Pasad, sepultureros,
pasad con vuestras palas y vuestros azadones...
No enterréis el cadáver del hombre junto al río,
llevadlo al arenal,
escondedlo en la arena seca y machorra del desierto,
que no lo encuentre el aire ni el agua ni la luz
ni la caricia picante del estiércol...
que no germine más ¡que no germine más!
Para qué prolongar esta semilla
si no da más que un árbol
con diezmos para el Mago,
con frutos para el dogo
y un recio pergamino para los tambores de la guerra
y los infolios vergonzosos de la Historia.



Yo lo pregunto nada más

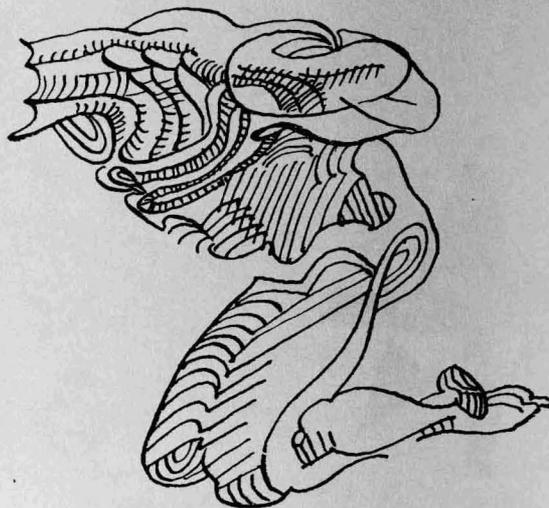
¿Por qué están hechos nuestros ojos para llorar y para ver?...
Yo lo pregunto nada más.
¿Por qué de estos dos huevos pequeños y blancuzcos que se
esconden en nuestras cuencas tenebrosas bajo la frente como
dos nidos en las ingles de un árbol, nacen al mismo tiempo
el llanto y el resplandor?
Yo lo pregunto nada más.
¿Por qué en la gota amarga de una lágrima ve el niño, por
vez, cómo se quiebra un rayito de sol... y salen volando,
igual que siete pájaros, los siete colores del espectro?
Yo lo pregunto nada más.
¿Por qué nace la luz... esta pobre luz que conocemos... con
la primera lágrima del hombre?
Y ¿por qué no ha de nacer la otra... la poética... aquella que
buscamos... con la última lágrima del Mundo?

¡Cada hora nacemos!

Afina bien ahora tu memoria:
había que llevar la cuenta de las sombras.
¡Acuérdate!
El día tenía veinticuatro noches y las noches no se medían con
el sol ni con el gallo ni con el esquilón de las ermitas.
Había que contar las mareas y las lunas...
había que llevar la cuenta de las sombras de algún modo...
¡Acuérdate!
Y comenzaste a contar las sombras con tu llanto.
Tu llanto rimó con la corriente de la sangre donde ibas flotando
y navegando...
Lloraste hasta taladrar la roca de la cueva que golpeaba el mar,
hasta abrir una puerta en la carne dura del mundo... ¡Acuérdate!
Aquel día entró el sol a buscarte con una rosa de fuego en la
mano para desposarte con la luz.
Fue el día glorioso de tus primeras bodas... ¡Acuérdate!
—No me acuerdo. ¿Y cuándo ha sido esto?
—¡Oh, condición del hombre, sin memoria, sin ojos y sin sueños!
Fue, será... ¡Está siendo!...
Es el eterno nacimiento.
¡¡Cada día nacemos!!

Fantasmas

Se habla de una larga carrera de fantasmas,
de una genealogía de fantasmas,
de una continua y eterna mecánica de fantasmas.
He oído hablar de fantasmas prehistóricos que se fueron
y de otros fantasmas esperados que vendrán.
He oído decir que el hombre no es más que la encrucijada
de un laberinto de fantasmas:
El abuelo fantasma,
el padre fantasma,
el hijo fantasma...
"Hermanito"...
somos una larga y oscura familia de fantasmas.



"...cabezas cercenadas..."

Hospiciano

¡Pobre hombre!
¡Pobre niño!
Le han dejado abandonado en este mundo...
en este hospicio,
en este oscuro hospicio,
en el torno loco de este oscuro hospicio
dando vueltas y vueltas locamente
como el globo terráqueo.
La hermana tornera
se ha dormido...
el torno gira y gira sin pararse
y el niño llora y llora sin cesar...
Hombre, hospiciano...
¿Quién te ha traído aquí?
¿Cómo se llama tu padre?

La rosa de harina

Pero el Hombre es un niño laborioso y estúpido
que ha hecho del juego una sudorosa jornada.
Ha convertido el palo del tambor
en una azada,
y en vez de tocar sobre la tierra una canción de júbilo
se ha puesto a cavarla.
¡Si supiésemos caminar bajo el aplauso de los astros
y hacer un símbolo poético de cada jornada...!
Quiero decir que nadie sabe cavar al ritmo del Sol
y que nadie ha cortado todavía una espiga con amor y con gracia.
Ese panadero, por ejemplo... ¿Por qué ese panadero no le pone
una rosa de pan blanco a ese mendigo hambriento en la solapa?

Otro juego

Todos son juguetes
las heridas, las lágrimas,
el veneno del áspid, la baba del tirano,
el hacha del verdugo... Una pelota es esa cabeza cercenada.
Jugamos al "Nacimiento y a la Muerte",
al "Soplo y a la Llama",
al "Que me Ves y no me Ves",
al "Enciende y Apaga la Lámpara".

Poética

Prólogo al libro de Nuria Parés

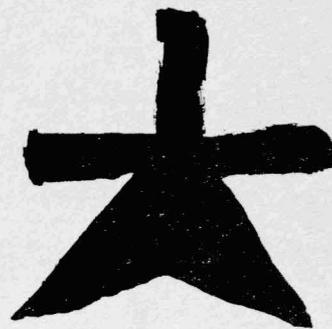
No hay un oficio de poeta, Nuria.
Existe una labor oscura y persistente de mineros...
La triste ocupación de unos hombres que cavan y perforan
túneles y zanjas en las entrañas de la noche.
¡Todo pasa en las sombras!
Y hay unos seres callados que buscan poder decir de alguna
manera lo que ocurre, lo que sucede en las sombras.
Pero aún no hay palabras, Nuria... tú lo sabes.

No hay más que un boquete oscuro que es como una herida
abierta en las entrañas, enormemente hinchadas de la noche...
de nuestra Noche.
Cada uno tiene la suya...
Y nos duele la noche... a todos nos duele.
Sangra la noche sin cesar...
Y navegamos en el mar de sangre de la Noche...
esto lo sabes también, Nuria.
Pero recuerda:
No existe un oficio de poeta.
Existe una labor oscura y persistente de navegante,
Navegamos...
y va uno y va...
de la sombra a la angustia...
de la angustia al sollozo...
del sollozo al sueño...
del sueño a la Muerte.
Éstas son las rutas por ahora... Tú las conoces.
Y no hay más que mineros y navegantes...
sin capataz ni capitán.
Cada uno tiene su pico y su bandera
Y la noche... la noche y el mar —sombras, sombras y llanto—
No hay un oficio de poeta
Recuerda... recuérdalo siempre. Y recuerda también que esto,
sólo esto, es ya una poética: No hay más que mineros y nave-
[gantes.

Acknowledgement

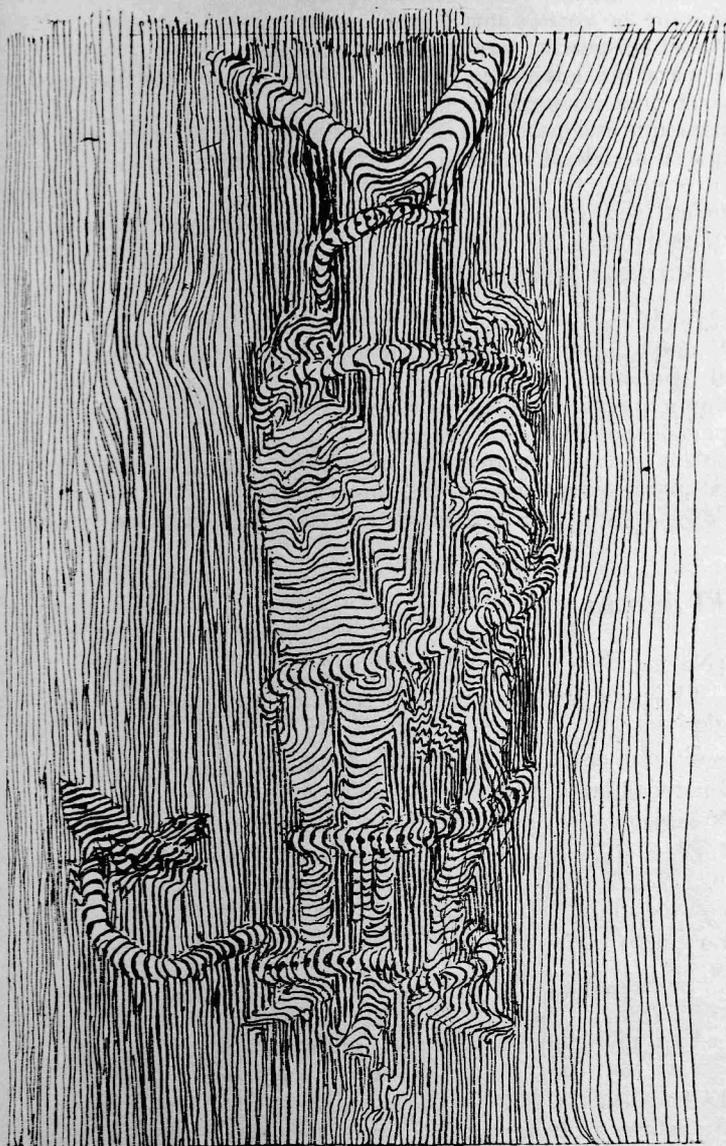
Hay poetas que trabajan con la palabra solamente, como
los lapidarios;
otros que trabajan con la metáfora, como los joyeros que
cambian las piedras de lugar;
otros empalman y enciman los ladrillos con una musiquilla
monótona e interminable de romance;
otros se valen del termómetro y del compás, como los geómetras
impasibles que miden los ángulos y la temperatura del
tabernáculo;
otros trabajan con el símbolo y con la fábula, como los estofado-
res y los que emploman los vidrios de los grandes ventanales.
Algunos muy entendidos son maestros en el arabesco, en el
jeroglífico y en la alegoría, como los tejedores sagrados y los
criptógrafos que dejan su secreto en las cenefas de las casullas
y en los frisos de los cenotafios;
otros trabajan con la arcilla blanda de su ejido solamente,
como el alfarero municipal;
otros cavan en las profundidades del subterráneo donde se
han de apoyar un día los cimientos, como los tejones y los topos;
otros se afanan allá arriba, cerca del cielo en las cornisas
de los campanarios, como la cigüeña y las golondrinas...

Pero yo trabajo con mi sangre donde van disueltos
los esfuerzos de todos estos poetas especializados.
Y a todos estos artífices humildes, cuyo nombre se llevará
un día despiadadamente el Viento, yo les agradezco todo lo que
me han traído, todo lo que me han dado para edificar el templo
[venidero y levantar
la torre donde se ha de colocar mañana el pabellón luminoso
del hombre.



La palabra

Pero ¿qué están hablando esos poetas ahí de la palabra?
Siempre en discusiones de modisto:
que si desceñida o apretada...
que si la túnica o que si la casaca...
la palabra es un ladrillo. ¿Me oísteis?... ¿Me habéis oído todos?
Un ladrillo. El ladrillo para levantar la Torre...
¡La Torre es lo que importa!
Y la Torre tiene que ser alta
alta,
alta,
alta...
hasta que no pueda ser más alta.
Hasta que llegue a la última cornisa



de la última ventana
del último sol
y no pueda ser más alta.
Hasta que ya entonces no quede más que un ladrillo solo,
el último ladrillo... la última palabra,
para tirárselo a Dios,
con la fuerza de la blasfemia o la plegaria...
y romperle la frente...
A ver si dentro de su cráneo
está la Luz... o está la Nada.

Yo no soy el gran buzo

Y alguien dirá mañana:
pero este poeta no bajó nunca hasta el fondo del mar, ni escarbó
en la tierra profunda de los tejones y los topos...
No visitó las galerías subterráneas ni caminó por las fibras oscu-
[ras de la madera...]

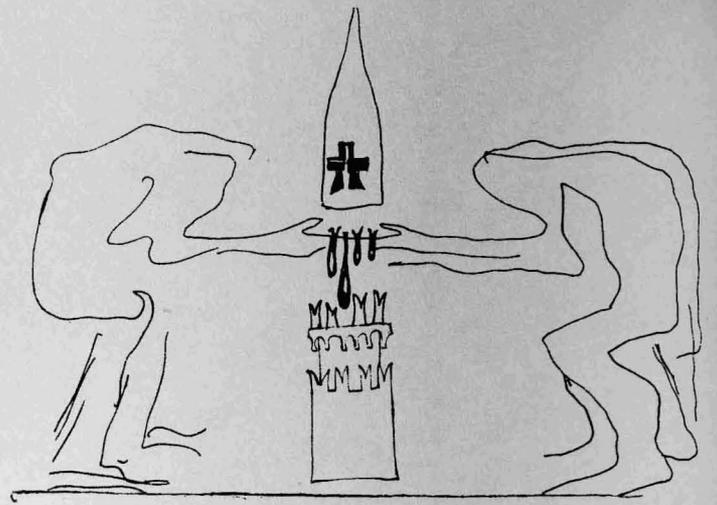
No perforó la carne ni taladró los huesos...
No llegó hasta los intestinos y las vísceras...
No se filtró por el canal de las arterias ni navegó con la
espiroqueta por la sangre hasta morder el corazón helado de
los hombres...
Pero vio el gusano en la copa del árbol,
la nube de langostas en la torre,
las aguas lustrales rojas y estancadas,
la plegaria amarilla,
la baba verde de los belfos de los sacristanes epilépticos...
Vio el sapo en la cúpula,
la poliilla en la mesa del altar,
el comején en el Arca
y el gorgojo en la mitra.
Vio el ojo torcido y guiñón del arzobispo y dijo:
La luz se está ahogando en la sombra seca del pozo y hay que
salvarla con una maroma de lágrimas.

Tal vez sea la luz

La Poesía entera del mundo tal vez sea un mismo y único poema.
Yo pienso que es el mito permanente, sin origen ni término
y sin causalidad ni cronología; un viento encendido y genésico
que da vueltas por la gran comba del universo; algo tan objetivo,
tan material y tan necesario como la luz. ¡Tal vez sea la Luz!
¡La luz! La luz en una dimensión que nosotros no conocemos
[todavía.]

Por ganar esta luz vine y estoy aquí;
para ganar esta luz me iré y volveré mil veces en el viento;
para ganar esta luz entraré por la puerta norte y saldré por el
postigo del infierno.
Para ganar esta luz se han vertido hasta hoy todas las lágrimas
[del mundo,
y para ganar esta luz tendrán que llorar todavía inmensamente
[los hombres:]

los vivos y los muertos.
Los muertos también. Los muertos vuelven
vuelven siempre por sus lágrimas...
y el poeta que se fue tras los antílopes regresará también.



La pueba

Y los discípulos le preguntaron al maestro:
 Maestro, ¿son legítimos, son buenos estos versos?
 Y el maestro les dijo: Comprobadlo vosotros. Hacedlos saltar
 como monedas sobre la sombra dura de los túneles ciegos,
 en la piedra mojada por la angustia que hay al final de ciertos
 sueños,
 o en la calavera del último jinete que pereció de sed en el
 desierto.
 Si suenan bien, si suenan como el Padre Nuestro,
 ya tenéis un poco de dinero
 para envenenar a la serpiente, para pagar a los barqueros,
 para sobornar al centurión que está de guardia bajo la gran
 ojiva del silencio
 y para abrir las puertas del infierno.

Criptografía poética

Hay ciertas placas que sólo se revelan con el llanto...
 en la cámara oscura del loco y del sonámbulo.
 Y es inútil contar los escalones, los versos de una lira y
 las liras de un canto.
 Al sueño no se baja por peldaños.
 Y la locura es un escaló
 abierto bajo los pies del centinela. Sin embargo,
 hay que cribar para encontrarle al sueño la pepita, y hay que
 escarbar en el pajar para saber dónde y cuándo
 puso su huevo la locura.
 Porque el oro también se hace gregario
 y se mezcla en el río con arenillas y guijarros,
 y el verso nace siempre con limo y con yerbajos.
 Hay que cribar, hay que cribar; que traigan los cedazos.
 La draga surrealista arrastra mucho fango.
 Iluminad y organizad la sombra. Se baja hasta el fondo de la
 mina con un arco voltaico
 enchufado en la frente y un compás en la mano.

Saludo a Rocinante

Yo te saludo, Rocinante...
 Oh, viejo caballo sin estirpe.
 No tienes pedigree...
 Pero tu gloria es superior a la de todos los "pura sangre"
 del mundo.
 Tu estirpe, como quería tu señor,
 arranca de ti mismo.
 Sin embargo,
 yo conozco tu historia
 —la sé de corrido—
 y voy a contársela a los hombres
 y a mostrarle al mundo entero
 tu divina cédula bautismal.
 Rocinante: ¡digámoslo todo como en las grandes biografías!
 Te he visto amarrado a los oficios más villanos;
 te he visto como un penco menestral;
 te he visto uncido en una noria;

te he visto en las madrugadas, arrastrando una carreta de le-
 [gumbres

y a veces, el mismo carro municipal de los desperdicios.
 Y una tarde que te llevaron a nuestra "Fiesta Brava"
 te vi en el ruedo amarillo
 como un esclavo o un cristiano
 del César en el circo...

Ibas disfrazado con los arreos del martirio:
 unas gualdrapas andrajosas
 y un pañuelo escarlata cegándote los ojos...
 —¡para que no vieras a la muerte!—.

Allí estabas bajo un sol enemigo,
 entre cuernos y garrochas;
 entre blasfemias, burlas y alaridos...
 Eras tú... Te conocí. Eras tú.

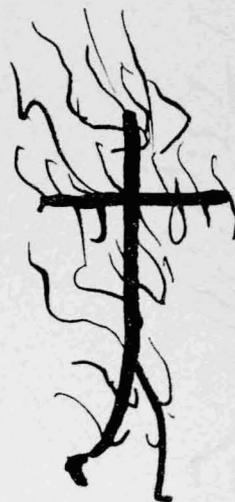
¡Perdóname!
 ¡Perdónanos!

Yo te he querido siempre, Rocinante.
 En esa nuestra "Fiesta Brava"
 siempre he vertido una lágrima por ti...
 Ahora mismo no puedo reprimir el llanto.
 Y para desagraviarte,
 para que nos perdones,
 para que me perdones,
 quiero decirle al mundo
 tu origen,
 tu estirpe...
 tu pedigree...

Porque yo tengo
 tu olímpica cédula bautismal...
 Y sé que un día vendrá Apolo
 en su cuadriga luminosa
 una mañana de sol amigo y generoso,
 para llevarte al reino perpetuo
 de los gloriosos corceles de los héroes...
 porque tú eres hermano legítimo
 de los caballos de la Aurora.

El águila

¡No me sirve el águila!
 —El águila está siempre en el exordio de los poemas épicos
 gloriosos
 —En el nuestro sólo aparece la corneja.
 En todas las derrotas de España.
 Y nunca hemos tenido más que derrotas...
 La corneja está siempre volando en el lado siniestro...
 Pero esta vez, en que España va a triunfar por vez primera,
 en que España va a ganar la batalla decisiva,
 no quiero corneja.
 Ni águila ni corneja.
 —Pero el águila es un ave castellana.
 —El águila es un pájaro decorativo y servil.
 En sus alas hay más heráldica que vuelo.
 Es barroca.
 Su cabeza grotesca, su corvo pico y sus alas abiertas



no riman con el austero y místico paisaje que yo quiero ordenar.
 No vuela bastante, además.
 Nosotros vamos a subir mucho más alto.
 Donde yo quiero subir, ella no puede respirar.
 Es un pájaro guerrero...
 amigo de soldados
 y de traidores y verdugos.
 Franco la lleva bordada con sangre
 en su gorro cuartelero.
 Le gusta cabalgar en los brillantes cascos imperiales.
 La he visto siempre en el escudo de los reyes,
 sentada, repantigada como una orgullosa gallinácea
 empollando los huevos de la guerra.
 Va siempre agarrada a los yelmos...
 también está en el Yelmo de Mambrino...
 Su vuelo no me sirve.

Ya sé que además del soldado la ha mimado el poeta...
 pero hay poetas que se conforman sólo con el vuelo
 del águila.
 Tiene mucha retórica este pájaro...
 Los mexicanos la veneran también...
 Es su animal "consentido".
 Rima con su prehistoria
 y con sus pirámides...
 Pero ya, cuando llega Cristo a los Andes...
 el vuelo del águila azteca en el cielo de México
 pierde parábola y elevación.
 Pájaro de guardarropa y de tramoya.
 No me sirve... Eh, utilero
 ¡Llévate esa águila!

Revolución

Siempre habrá nieve altanera
 Que vista el monte de armiño...
 y agua humilde que trabaje
 en la presa del molino.
 Y siempre habrá un sol también
 —un sol verdugo y amigo—
 que trueque en llanto la nieve
 y en nube el agua del río.

I. A LAS TRES

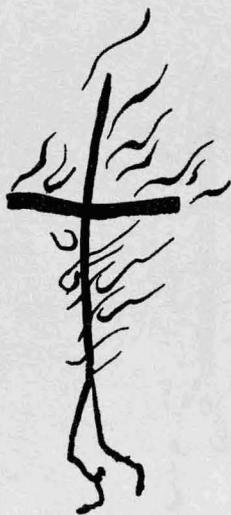
Y yo digo ahora aquí, aquí, colgado
 del péndulo que oscila entre los mundos que separan la rendija
 entreabierto de mis párpados
 aquí y ahora —sacad el reloj— a las tres, con el pico rojinegro
 del gallo:
 ¡Oíd amigos! La revolución ha fracasado.
 Subid las campanas de nuevo al campanario,
 devolvedle la sotana al cura y al capataz el látigo,
 clavad esas bisagras, y quitadle el orín a los candados...
 Que venga el cristalero y que componga los cristales rotos
 de los balcones de Palacio...
 Arreglad las trampas y los cepos y comprad alambre para los
 vallados...
 Sacad de vuestros cofres los anillos ducales, las libreas y
 los viejos contratos...
 Coronad a los poetas otra vez con hojas de laurel purpurinado
 y regaladle al Presidente
 un espadón simbólico, una medallita milagrosa y un escapulario...
 ¡Viva Cristo Rey! ¡La Revolución ha fracasado!

II. A LAS CUATRO

Esto lo he dicho a las tres. Pero ahora digo a las cuatro:
 No obstante, señores, el que se haga una casa, que la haga te-
 [niendo
 en cuenta ciertos planos...
 Y el que escriba un poema, que no olvide que se han visto ya
 pájaros
 que se le escapan de la jaula al matemático.
 Por ejemplo: dos y dos no son cuatro.
 (Y que no se solivianten el tenedor de libros y el rotario:
 Todavía seguiremos sumando unos cuantos días como antes
 para que no se colapsen los bancos.)



Primera rehabilitación



Y digo además: Se han oído gritos desesperados,
aullidos y blasfemias en el subterráneo;
se espera que después del "homo sapiens", de los retóricos y
de los teólogos, surja un cráneo
que rompa los barrotes y los muros: Dios está todavía encar-

[celado.
Vendrán poetas de pólvora y barreno, con la mecha en la mano,
y harán saltar la roca donde aún sigue Prometeo encadenado
(Pero no os asustéis. Antes nos comeremos otra vez el rancio
pastelón eclesiástico
para que no se arruinen los panaderos de pan ázimo.)
Y esto no lo digo ni con los conejos del corral ni con las
palomas del tejado:
lo digo desde el cubo del pozo que tan pronto está arriba como
abajo.

El salto

Somos como un caballo sin memoria,
somos como un caballo de carrera
que no se acuerda ya
de la última valla que ha saltado.

Venimos corriendo y corriendo
por una larga pista de siglos y de obstáculos.
De vez en vez, la muerte...

¡el salto!

y nadie sabe cuántas
veces hemos saltado
para llegar aquí, ni cuántas saltaremos todavía
para llegar a Dios que está sentado
al final de la carrera...
esperándonos.

Lloramos y corremos,
caemos y giramos,
vamos de tumbo en tumba
dando brinco y vueltas entre pañales y sudarios

La blasfemia

—¿Dónde está la oración?
—¡Muerta! ¿No sabéis que está muerta?
La encontraréis ahí dentro, boca arriba, en las baldosas frías
de la iglesia.
—En vida fue mi hermana...
quiero pasar a verla.
—¿Tenía una hermana la oración?
—Tenía una hermana: la blasfemia.
Fue la paloma blanca,
yo soy la rata negra.
—Y ¿a qué venís?
¿Venís tan sólo a verla?
—Y a heredar su función...
a sucederla.
—Pero ¿dónde está Dios? ¿Dónde está Dios?
—En el pico de la oración...
o en el rabo de la blasfemia.

Palomas

Las Palomas de la plaza de San Marcos
que el municipio de Venecia cebaba para los turistas
se han muerto todas de repente...
La paloma de Picasso que yo guardaba como una reliquia
en un viejo cartapacio
ha desaparecido...
En el Concilio Ecuménico nadie sabe por dónde anda
la paloma de la Anunciación...
Y el Vaticano está consternado
porque se halla enferma la paloma del Espíritu Santo.
Se dice que en el mundo hay ahora
una mortífera epidemia de palomas...
y el Consejo de la Paz no encuentra
por ninguna parte una paloma.

¡Tramposos!

I. QUE VENGA EL POETA

Que venga el poeta.
Y me trajisteis aquí para contar las estrellas,
para bañarme en el río y para hacer dibujos en la arena.

Éste era el contrato.
Y ahora me habéis puesto a construir cepos y candados,
a cargar un fusil y a escribir en la oficina de un juzgado.
Me trajisteis aquí para cantar en unas bodas,
y me habéis puesto a llorar junto a una fosa.
¡Tramposos!

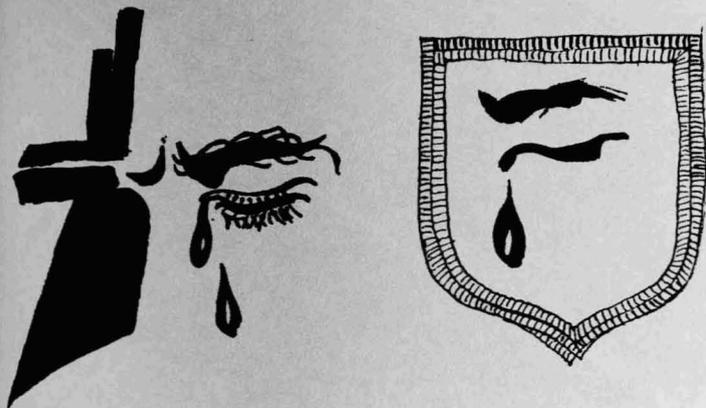
II. ¿Y A QUE HE VENIDO?

¡Ah, sí!
He venido a ver el pájaro en la jaula
y al juez metiendo prisa con su vara
a los que construyen rejas,
a los que construyen cerrojos,
a los que construyen alambradas
y a los que pegan vidrios verdes en lo alto de las gruesas tapias.

Pero he venido también a ver a los que tejen cables y
maromas largas,
a los que rompen los rosarios y los empalman después unos con
otros para que no se muerda la cola la plegaria...
y a los que construyen canales
y a los que construyen escalas
y a los que tiran en las sombras sondas como las arañas,
sondas profundas y delgadas
hechas con una secreción carnal metafísica y amarga,
a la que para entenderse de algún modo
los hombres, por ahora, llaman lágrimas.

III. Y AHORA ME VOY

Y me voy sin haber recibido mi legado,
sin haber habitado mi casa,
sin haber cultivado mi huerto,



sin haber sentido el beso de la siembra y de la luz.
 Me voy sin haber dado mi cosecha,
 sin haber encendido mi lámpara,
 sin haber repartido mi pan...
 Me voy sin que me hayáis entregado mi hacienda.
 Me voy sin haber aprendido más que a gritar y a maldecir,
 y pisar bayas y flores...
 me voy sin haber visto el Amor,
 con los labios amargos llenos de baba y de blasfemia, y
 con los brazos rígidos y erguidos, y los puños cerrados,
 pidiendo Justicia fuera del ataúd.
 ¡Tramosos!

IV. VOLVERE MAÑANA

Volveré mañana en el corcel del Viento.
 Volveré. Y cuando vuelva, vosotros os estaréis yendo:
 Vosotros, los alcabaleros de la muerte, los centuriones

en acecho
 bajo la gran ojiva de la puerta, los constructores de ataúdes
 que al medir el cuerpo
 amarillo de los que se van, con la cinta de metro y medio,
 de los alfayates decís siempre: ¡Cómo crecen los muertos!
 ¡Oh, sí! los muertos crecen. El último traje que se hicieron
 al amortajarlos ya les viene pequeño.
 Crecen. Y apenas los entierran, rompen los tablones de pino y
 los catafalcos de acero;
 crecen después en la tumba, fuera de la caja, abren la tierra como
 las semillas del centeno
 y ya, bajo el sol y la lluvia, en el aire, sueltos,
 y sin raíces, siguen y siguen creciendo.
 Yo me voy a crecer con los muertos.
 Volveré mañana en el corcel del Viento.
 Volveré ¡y volveré crecido! Entonces vosotros que os estaréis

[yendo

no me conoceréis. Mas cuando nos crucemos
 en el puente, yo os diré con la mano:
 ¡Adiós, alcabaleros,
 centuriones
 sepultureros!...
 A crecer, a crecer
 a la tierra otra vez...
 al agua,
 al sol,
 al Viento... al Viento.
 ¡otra vez al Viento!

El nacimiento o el Belem

Pero ¿por qué diría aquel pedante profesor alemán que yo
 era el poeta de la actualidad?
 ¿Y si la Historia, Señor Profesor, y si la Historia
 no la hiciese el reloj,
 ni el de la cocina ni el del Parlamento?
 ¿Si la Historia
 no la hiciese el Tiempo...
 el molinillo de la Tierra
 que gira y gira repitiendo y repitiendo
 caudillos y tiranos
 rebaños trashumantes...
 pueblos... pueblos... pueblos?
 ¿Y si no hubiese más que un solo pueblo,
 y la Historia estuviese ahí quieta, parada
 como un retablo,
 como una estampa,
 como un "Nacimiento"
 y todo no fuese
 más que símbolos y muñecos:
 Éste es el Rey,
 ésta la estrella,
 ésta la Cruz?
 ¿Si la Historia no fuese más
 que un Viento encendido y genésico
 que lo coloca y lo sostiene todo
 y todo fuese muy pequeño
 con una mística perspectiva
 donde todo estuviese eternamente quieto?
 Este muñeco de barro es Caín y Hitler



29 diciembre 1965
 m. i.

este otro muñeco.
 Los dos nacieron en la misma hora
 y aquí van juntos en el mismo verso.
 Si el Éxodo, los éxodos —no hay más que un solo éxodo—
 sigue fluyendo... fluyendo...
 y el Mar Rojo
 pequeñito, pequeño
 pero rojo, rojo
 también sigue fluyendo.
 ¿Si los corderos de Abraham —aquel del sacrificio—
 y los que esta mañana degollaron en los mataderos
 de Chicago
 fuesen los mismos corderos?
 ¿Si Moisés y yo
 fuésemos contemporáneos,
 vecinos,
 nacidos en el mismo pueblo...
 Si sus barbas y las mías
 las cortase y cuidase el mismo peluquero?
 No me burlo, Señor Profesor, no me burlo,
 estoy hablando en serio.
 Moisés... vámonos dando un paseo
 Vámonos esta tarde desde el Sinaí
 hasta el cerro del Gólgota.
 No está muy lejos, Señor Profesor, no está muy lejos
 como de mi casa Miguel Schultz 73
 hasta el Caballito de Carlos IV, en México...
 En Madrid como desde la Puerta del Sol a la Cibeles.
 Moisés... vámonos dando un paseo.
 Llévate las "tablas" bajo el brazo
 y caminemos.

Caminamos
 por un camino abierto.
 Así, a primera vista, de repente
 parecemos
 Moisés y yo juntos
 dos vulgares y astutos agentes de comercio...
 o dos malabaristas.
 Moisés y su hermano Aarón aprendieron
 a hacer muy bien
 juegos malabares en el destierro,
 allá en Egipto. Los mismos juegos malabares
 que han aprendido ahora
 los españoles refugiados en México.
 ¿Los mismos... O tienen un lenguaje común
 todos los éxodos?
 Caminamos. Y topamos con pastores, peregrinos, traficantes
 —¿Los vi, los veré, los estoy viendo?—
 Todos nos conocen y saludan.
 Allí va Moisés con León Felipe, ¡vaya un par de pájaros!
 —dicen los arrieros.

Los arrieros son los mismos también
 de todos los tiempos.
 Seguimos caminando... Y llegamos a la falda del Gólgota.
 Allí le arrebató las "tablas" a Moisés
 y parto por las bisagras el Decálogo. Los dos Mandamientos.
 —Son dos, nada más dos—
 y hago una cruz con ellos.
 "Los brazos en abrazo hacia la Tierra,
 el ástil disparándose a los cielos".
 (Estos versos los escribí yo
 hace veinte siglos
 ¿o los escribí esta mañana? Señor Profesor,
 ¿cuándo he escrito yo estos versos?)
 Subimos... Subo yo solo.
 Moisés me aguarda sentado
 en la piedra fronteriza
 que separa
 el Antiguo del Nuevo Testamento.
 Subo yo solo
 y clavo la cruz en la misma giba del cerro...
 en el Gólgota.

Éste es el centro de la Historia, del Mundo.
 Desde aquí, de pie ahora, contemplo
 en síntesis mística y poética
 todo el "Nacimiento".
 No hay cuna ni pesebre: nadie ha nacido aquí.
 Sólo esta cruz vacía: Nadie ha muerto
 (¿o nace y muere un Dios todos los días?)
 Señor Profesor, ¿qué dice usted a esto?

Miro a la redonda:
 Allá abajo está Adam en el Principio...
 la primera figurita de barro que hizo el Alfarero,
 el primer muñeco...
 Y allá en el lado opuesto
 el último Cardenal
 del último Concilio Ecuménico...
 la última figurita de barro
 que hizo el Alfarero,
 el último muñeco...
 Desde aquí veo todos los muñecos.
 Y todo está horizontal, plano.
 El Globo Terráqueo es un tablero.
 Se han parado el Sol y la Tierra.
 ¡No hay Tiempo!
 ¡Contemporáneos todos, Señor Profesor!
 ¡Contemporáneos todos!
 La Historia está ahí quieta,
 suspendida en el Viento...
 Y es un poco más grande,
 sólo un poco más grande que este "Nacimiento".